

## LA ILUSTRACIÓN Y EL NEOCLASICISMO





## LA POESÍA DEL SIGLO XVIII

A lo largo de la centuria se cultivó un tipo de poesía que podríamos llamar **rococó o posbarroca** en la que predomina el refinamiento y cuyos temas dominantes son, además de la naturaleza, los del amor y belleza femenina, pero en un marco de fiestas y rico vestuario, con un fondo de paisajes delicados y artificiosos.

Junto a esta tendencia, pronto surgió una corriente renovadora de **poesía ilustrada o neoclásica**.

El carácter razonador del siglo favoreció el cultivo de la **poesía filosófica, satírica y moral**, con intención educadora. Los temas son la exaltación de las bellas artes, las novedades científicas, las ideas de reforma social, la ponderación de la amistad, los ideales de virtud y fraternidad, desprecio de la guerra, odio a los tiranos y condena de la tortura, rechazo de la ociosidad y la ignorancia, fe en el progreso mediante la educación.

Una de las formas en que esa tendencia se presentó fue la **fábula**, esto es, un breve relato, con animales como personajes, rematado con una moraleja o enseñanza. Dos escritores notables sobresalieron en este género: Félix María Samaniego y TOMÁS DE IRIARTE. De este último es la fábula que presentamos a continuación:

### EL BURRO FLAUTISTA

(sin reglas del arte, el que en algo acierta, acierta por casualidad)

Sin reglas de arte,  
el que en algo acierta,  
acierta por casualidad.

Esta fabulilla,  
salga bien o mal,  
me ha ocurrido ahora  
por casualidad.

Cerca de unos prados  
que hay en mi lugar,  
pasaba un Borrico  
por casualidad.

Una flauta en ellos  
hallo, que un zagal  
se dejó olvidada  
por casualidad.

Acercóse a olerla  
el dicho animal,

y dio un resoplido  
por casualidad.

En la flauta el aire  
se hubo de colar,  
y sonó la flauta  
por casualidad.

“! Oh! -dijo el Borrico-:

!Qué bien se tocar!  
!Y dirán que es mala  
la música asnal!”

Sin reglas del arte,  
borriquitos hay  
que una vez aciertan  
por casualidad

También se desarrolla una poesía sensual cuya composición característica es la *anacreóntica*, de metro corto y estrofas breves, de tono festivo y alegre, que exalta el amor y los goces sensuales; su máximo representante fue MELÉNDEZ VALDÉS.

He aquí una "oda anacreóntica" de este poeta. Es un mero juego de pálido ingenio, con un lenguaje blando y alejado de nuestro gusto actual.

#### LOS HOYITOS

¿Sabes, di, quién te hiciera,  
idolatrada mía,  
los graciosos hoyuelos  
de tus frescas mejillas?

¿Esos hoyos que loco  
me vuelven, que convidan  
al deseo y al labio  
cual copa de delicias?

Amor, Amor los hizo,  
cuando al verte más linda  
que las Gracias, por ellas  
besarte quiso un día.

Mas tú, que fueras siempre,  
aun de inocente niña,  
del rapaz a los juegos  
insensible y esquiva,

la cabeza tornabas  
y sus besos huías;  
y él doblando con esto

más y más la porfía,  
apretó con las manos  
en su inquietud festiva  
la tez llena, süave,  
y así quedara hundida.

De entonces, como a centro  
de la amable sonrisa,  
en ellos mil vivaces  
Cupidillos se anidan.

¡Ah, si yo en uno de ellos  
trasformado...! Su fina  
púrpura no, no ajara  
con mis sueltas alitas.

Pero tú, aleve, ríes,  
y con la risa misma  
más donosos los haces  
y mi sed más irritas.



LA PROSA  
DEL SIGLO XVIII  
GASPAR M. DE JOVELLANOS  
J. DE CADALSO

Sin duda, el género literario en prosa preferido por los escritores de la Ilustración fue el del ensayo, exposición escrita de intención didáctica sobre muy diversos temas. Con sus ensayos, los autores del XVIII pretendían defender las nuevas ideas del Siglo de las Luces. Los ensayistas ilustrados más notables son Feijoo, Luzán, Cadalso y Jovellanos.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS compuso poemas y alguna obra teatral, pero se distinguió, sobre todo, como escritor de textos en prosa, en los que abordó los problemas más importantes del país y expuso sus ideas de reforma para resolverlos: *Memoria sobre espectáculos y diversiones públicas*, *Informe sobre la ley agraria*, *Memoria sobre educación pública*... En *Memoria sobre espectáculos y diversiones públicas*, señala el origen y la evolución de los espectáculos públicos en España y analiza la cuestión a la luz del bien público: el pueblo necesita diversiones, pero no hay que programárselas, porque sin libertad no puede haber diversión verdadera. Jovellanos pretende que los espectáculos sean un medio de educación popular, es decir, que cumplan el cometido ilustrado de “enseñar deleitando”. Entre otros aspectos, rechaza la fiesta de los toros y pretende reformar el teatro dignificando el género y con medidas como la creación de una escuela de actores, la puesta en escena de obras didácticas y un ambiente teatral que eleve la cultura del público.

#### DIVERSIONES POPULARES

Para exponer mis ideas con mayor claridad y exactitud, dividiré el pueblo en dos clases: una que trabaja y otra que huelga; comprenderé en la primera todas las profesiones que subsisten del producto de su trabajo diario y en la segunda las que viven de sus rentas o fondos seguros. ¿Quién no ve la diferente situación de una y otra con respecto a las diversiones públicas? Es verdad que habrá todavía muchas personas en una situación media, pero siempre pertenecerán a esta o aquella clase según que su situación incline más o menos a la aplicación o a la ociosidad. También resultará alguna diferencia de la residencia en aldeas o ciudades y en poblaciones más o menos numerosas, pero es imposible definirlo todo. No obstante, nuestros principios serán fácilmente aplicables a todas clases y situaciones. Hablemos primero del pueblo que trabaja.

Este pueblo necesita diversiones, pero no espectáculos. No ha menester que el gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse. En los pocos días, en las breves horas que puede destinar a su solaz y recreo, él buscará, él inventará sus entretenimientos; basta que se le dé libertad y protección para disfrutarlos. Un día de fiesta claro y sereno en que pueda libremente pasear, correr, tirar a la barra, jugar a la pelota, al tejuelo, a los bolos, merendar, beber, bailar y triscar por el campo, llenará todos sus deseos y le ofrecerá la diversión y el placer más cumplidos. ¡A tan poca costa se puede divertir a un pueblo, por grande y numeroso que sea!

Sin embargo, ¿cómo es posible que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes, en vez de la alegría y bullicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inacción, un triste silencio, que no

se pueden advertir sin admiración ni lástima. Si algunas personas salen de sus casas, no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas y las arrastran al ejido, al humilladero, a la plaza o al pórtico de la iglesia, donde, embozados en sus capas o al arrimo de alguna esquina, o sentados o vagando acá y acullá sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse. Y si a eso se añade la aridez e inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza y falta de unión y movimiento que se notan en todas partes, ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca a vista de tan raro fenómeno?

No es de este lugar descubrir todas las causas que concurren a producirle; sean las que fueren, se puede asegurar que todas emanarán de las leyes. Pero sin salir de nuestro propósito no podemos callar que una de las más ordinarias y conocidas está en la mala policía de muchos pueblos. El celo indiscreto de no pocos jueces se persuade a que la mayor perfección del gobierno municipal se cifra en la sujeción del pueblo y a que la suma del buen orden consiste en que sus moradores se estremezcan a la voz de la justicia y en que nadie se atreva a moverse ni cespitar al oír su nombre. En consecuencia, cualquiera bulla, cualquiera gresca o algazara recibe el nombre de asonada y alboroto; cualquiera disensión, cualquiera pendencia es objeto de un procedimiento criminal, y trae en pos de sí pesquisas y procesos y prisiones y multas, y todo el séquito de molestias y vejaciones forenses. Bajo tan dura policía el pueblo se acobarda y entristece, y sacrificando su gusto a su seguridad renuncia la diversión pública e inocente, pero sin embargo peligrosa, y prefiere la soledad y la inacción, tristes a la verdad y dolorosas, pero al mismo tiempo seguras.

De semejante sistema han nacido infinitos reglamentos de policía, no solo contrarios al contento de los pueblos sino también a su prosperidad, y no por eso observados con menos rigor y dureza. En unas partes se prohíben las músicas y cencerradas, y en otras las veladas y bailes. En unas se obliga a los vecinos a cerrarse en sus casas a la queda, y en otras a no salir a la calle sin luz, a no pararse en las esquinas, a no juntarse en corrillos y a otras semejantes privaciones. El furor de mandar y, alguna vez, la codicia de los jueces han extendido hasta las más ruines aldeas reglamentos que apenas pudiera exigir la confusión de una corte; y el infeliz gañán, que ha sudado sobre los terrones del campo y dormido en la era toda la semana, no puede en la noche del sábado gritar libremente en la plaza de su lugar, ni entonar un romance a la puerta de su novia.

JOSÉ DE CADALSO Y VÁZQUEZ, aunque cultivó también la poesía y el teatro, destacó especialmente como prosista. Su primera obra relevante son las *Noches lúgubres*. Pero la obra principal de Cadalso son las *Cartas marruecas*, que recoge el intercambio epistolar entre el joven moro Gazel, de visita en España, su maestro Ben Beley, que se encuentra en Marruecos y el español Nuño Núñez. En sus cartas, estos personajes discuten críticamente sobre y las creencias de los españoles. La estrategia de la obra consiste en presentar la realidad del país desde los ojos de un extranjero, que tiene unos valores y unos principios distintos de los españoles. De esta forma, el autor pone en duda algunos aspectos de la sociedad que se tenían por indiscutibles.

En las *Cartas*, Cadalso defiende la libertad de expresión, o la de los hijos para casarse sin el consentimiento de los padres; critica a los políticos que abusan de su posición social y a los gobernantes que no se preocupan de las necesidades del pueblo. Propugna una actitud relativista de la existencia y contempla con irónico distanciamiento muchas de las innovaciones culturales de su época, al tiempo que critica el carácter nacional y los defectos de la España tradicional. Veamos un fragmento de la Carta VI:

#### CARTA VI

##### DEL MISMO AL MISMO [DE GAZEL A BEN-BELEY]

El atraso de las ciencias en España en este siglo, ¿quién puede dudar que procede de la falta de protección que hallan sus profesores? Hay cochero en Madrid que gana trescientos pesos duros, y cocinero que funda mayorazgos; pero no hay quien no sepa que se ha de morir de hambre como se entregue a las ciencias, exceptuadas las de *pane lucrando* que son las únicas que dan de comer.

Los pocos que cultivan las otras, son como aventureros voluntarios de los ejércitos, que no llevan paga y se exponen más. Es un gusto oírles hablar de matemáticas, física moderna, historia natural, derecho de gentes, y antigüedades, y letras humanas, a veces con más recato que si hiciesen moneda falsa. Viven en la oscuridad y mueren como vivieron, tenidos por sabios superficiales en el concepto de los que saben poner setenta y siete silogismos seguidos sobre si los cielos son fluidos o sólidos.

Hablando pocos días ha con un sabio escolástico de los más condecorados en su carrera, le oí esta expresión, con motivo de haberse nombrado en la conversación a un sujeto excelente en matemáticas: «Sí, en su país se aplican muchos a esas cosillas, como matemáticas, lenguas orientales, física, derecho de gentes y otras semejantes».

Pero yo te aseguro, Ben-Beley, que si señalasen premios para los profesores, premios de honor, o de interés, o de ambos, ¿qué progresos no harían? Si hubiese siquiera quien los protegiese, se esmerarían sin más estímulo; pero no hay protectores.

Tan persuadido está mi amigo de esta verdad, que hablando de esto me dijo:

«En otros tiempos, allá cuando me imaginaba que era útil y glorioso dejar fama en el mundo, trabajé una obra sobre varias partes de la literatura que había cultivado, aunque con más amor que buen suceso. Quise que saliese bajo la sombra de algún poderoso, como es natural a todo autor principiante. Oí a un magnate decir que todos los autores eran locos; a otro, que las dedicatorias eran estafas; a otro, que renegaba del que inventó el papel; otro se burlaba de los hombres que se imaginaban saber algo; otro me insinuó que la obra que le sería más acepta, sería la letra de una tonadilla; otro me dijo que me viera con un criado suyo para tratar esta materia; otro ni me quiso hablar; otro ni me quiso responder; otro ni quiso escucharme; y de resultas de todo esto, tomé la determinación de dedicar el fruto de mis desvelos al mozo que traía el agua a casa. Su nombre era Domingo, su patria Galicia, su oficio ya está dicho: conque recogí todos estos preciosos materiales para formar la dedicatoria de esta obra».



EL TEATRO DEL SIGLO XVIII  
LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

El panorama teatral del siglo XVIII se caracteriza por las frecuentes y enfervorizadas polémicas entre los defensores del teatro posbarroco, continuista y popular, y los que propugnan una renovación neoclásica. En la primera mitad del siglo XVIII se representan diferentes tipos de comedias, herederas de los estereotipos barrocos. El teatro del último tercio del XVIII adquiere un carácter didáctico.

Los neoclásicos abogan por la renovación del drama español, no sólo en los aspectos formales, sino también en los morales. Aparece así un teatro que pretende ser estructuralmente perfecto y de contenido educativo. La reforma neoclásica afecta a la tragedia y a la comedia, y sus modelos más inmediatos son de inspiración francesa.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN supo aunar en la comedia la estricta ideología neoclásica con el éxito popular. Para él, la comedia debía perseguir por encima de todo una finalidad didáctica y había de ridiculizar comportamientos que nacían de la barbarie, la ignorancia y las malas costumbres.

Su producción dramática se limita a cinco comedias, que satirizan los matrimonios concertados (*El viejo y la niña*, *El barón* y *El sí de las niñas*), la educación de los jóvenes (*La mojigata*) y las comedias populacheras de la época (*La comedia nueva o el café*).

EL SÍ DE LAS NIÑAS

ACTO I

ESCENA I

DON DIEGO, SIMÓN

(Sale DON DIEGO de su cuarto. SIMÓN, que está sentado en una silla, se levanta.)

DON DIEGO.                   ¿No han venido todavía? SIMÓN.                   No, señor.

DON DIEGO.                   Despacio la han tomado, por cierto.

SIMÓN.                               Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha visto desde que la llevaron a Guadalajara...

DON DIEGO.                   Sí. Yo no digo que no la viese, pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMÓN.                               Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DON DIEGO.                   Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos el Corregidor, el señor Abad, el Visitador, el Rector de Málaga... ¡Qué sé yo! Todos... Y ha sido preciso sentarme quieto y no exponerme a que me hallasen por ahí, y no he querido que nadie me vea.

SIMÓN. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues ¿hay más en esto que haber acompañado usted a doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento a la niña y volvernos con ellas a Madrid?

DON DIEGO. Sí, hombre, algo más hay de lo que has visto.

SIMÓN. Adelante.

DON DIEGO. Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simón, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a esa niña del convento y nos la llevamos a Madrid.

SIMÓN. Sí, señor.

DON DIEGO. Pues bien... Pero te vuelvo a encargar que a nadie lo descubras.

SIMÓN. Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

DON DIEGO. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca había visto a la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribía; he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos días, y a decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMÓN. Sí, por cierto... Es muy linda y...

DON DIEGO. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Sí señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMÓN. No hay que decírmelo. DON DIEGO. ¿No? ¿Por qué?

SIMÓN. Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

DON DIEGO. ¿Qué dices?

SIMÓN. Excelente.

DON DIEGO. ¿Con que al instante has conocido?...

SIMÓN. ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

DON DIEGO. Sí señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMÓN. Seguro que sí.

DON DIEGO. Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMÓN. Y en eso hace usted bien.



DON DIEGO. Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMÓN. ¡Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como ésa, eh?

DON DIEGO. Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí. Porque, aquí entre los dos, la buena de doña Irene se ha dado tal prisa a gastar desde que murió su marido que, si no fuera por estas benditas religiosas y el canónigo de Castrojeriz, que es también su cuñado, no tendría para poner un puchero a la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos allá que... Pero esto no es del caso... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN. Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO. Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor: vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren, y...

SIMÓN. Pero siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO. No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...

SIMÓN. Vamos, que no me parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años, a lo más.

DON DIEGO. ¿Qué, hombre? ¿Qué hablas de siete u ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis pocos meses ha.

SIMÓN. Y bien, ¿qué?

DON DIEGO. Y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMÓN. Pero si yo no hablo de eso. DON DIEGO. Pues ¿de qué hablas?

SIMÓN. Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

DON DIEGO. ¿Ahora estamos ahí? Conmigo. SIMÓN. ¿Con usted?

DON DIEGO. Conmigo.

SIMÓN. ¡Medrados quedamos!

DON DIEGO. ¿Qué dices...? Vamos, ¿qué? SIMÓN. ¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO. Pues ¿qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMÓN. Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ése juzgué que se guardaba la tal niña.

DON DIEGO. Pues no señor.

SIMÓN. Pues bien está.

DON DIEGO. ¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había de ir a casar!...  
No señor, que estudie sus matemáticas.

SIMÓN. Ya las estudia; o por mejor decir, ya las enseña.

DON DIEGO. Que se haga hombre de valor y...

SIMÓN. ¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor a un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron a seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino, y yo le vi a usted más de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

DON DIEGO. Sí, señor; todo es verdad; pero no viene a cuento. Yo soy el que me caso.

SIMÓN. Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su elección es libre...

DON DIEGO. Pues ¿no ha de serlo...? Doña Irene la escribió con anticipación sobre el particular. Hemos ido allá, me ha visto, la han informado de cuanto ha querido saber, y ha respondido que está bien, que admite gustosa el partido que se le propone... Y ya ves tú con qué agrado me trata, y qué expresiones me hace tan cariñosas y tan sencillas... Mira, Simón, si los matrimonios muy desiguales tienen por lo común desgraciada resulta, consiste en que alguna de las partes procede sin libertad, en que hay violencia, seducción, engaño, amenazas, tiranía doméstica... Pero aquí no hay nada de eso. ¿Y qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer. La criada, que la ha servido en Madrid y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y, sobre todo, me ha informado de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación a ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, éstas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMÓN. Yo nada, señor.

DON DIEGO. Y no pienses tú que, a pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aún hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMÓN. En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

